

Apuntes históricos del Excmo. Sr. General Lizarraga durante la campaña de 1872 a 1876

Tomo estos APUNTES HISTÓRICOS, que creo inéditos, del pequeño archivo de guerra del general carlista D. Antonio Lizarraga y Esquivroz, que se conserva entre los papeles de mi finado padre político don Tirso de Olazabal Arbelaiz. El citado general nació, como es sabido, en Pamplona, el 22 de Enero de 1817; y murió, pobre, en Roma, el 7 de Diciembre de 1877. (V. pág. 687).

En mi opúsculo LA CRUZ DE SANGRE EL CURA SANTA CRUZ, y en diversos artículos publicados en EL PUEBLO VASCO, de San Sebastián, traté de la rivalidad entre el antiguo Comandante General de Guipúzcoa y el célebre y discutido guerrillero.

En la REVISTA INTERNACIONAL DE LOS ESTUDIOS VASCOS no caben discusiones y polémicas de orden político. Si traigo tal materia a estas páginas es para continuar la publicación de documentos relativos a nuestras guerras civiles, que tanto interesan a tirtios y troyanos. A título meramente de documentación, como he advertido repetidas veces.

Este original lo tenía preparado, con otros, desde hace varios años; pero he ido demorando su publicación, pues, a fuer de imparcial, deseaba reproducir al mismo tiempo el diario de guerra del cura Santa Cruz, redactado, como es notorio, por Cruz Ochoa.

Sigo perfectamente la huella de este documento, que es de esperar no baya sido destruido, basta el 22 de Diciembre de 1909, fecha de la muerte, salvo error, de D. Joaquín de Larreta, hermano del distinguido y popularísimo vascófilo D. Juan Bautista (Azelaingo Nagusia).

Según informes fidedignos, en tiempos de la guerra, D. Joaquín, a la sazón un muchacho, consiguió pasar a Francia, en un coche, a Santa Cruz y a su partidario y biógrafo, y recibió de este último el mencionado diario. Más tarde, según parece, Cruz Ochoa se lo reclamó; pero el noble guipuzcoano prefirió conservarlo, ya que lo había recibido

en reconocimiento de un favor. El curioso manuscrito se hallaba todavía entre sus papeles a la muerte de este último, acaecida, según he advertido, en 1909. Desde esta fecha se pierde su rastro. Esperemos que alguno de nuestros lectores pueda darnos noticias de su paradero.

Acerca del general carlista Lizarraga pueden verse, entre otras obras, la de Pirala y, muy en especial, la intitulada: RECUERDOS DE LA GUERRA CIVIL. LA CAMPAÑA CARLISTA (1872-1876) POR DON FRANCISCO HERNANDO (PARIS 1877). Esta última es ya rara.

Julio de URQUIJO

«Nombrado Comandante General de la Rioja á principios de 1872 parto para hacer el levantamiento en aquel distrito el 19 de Abril, día en que me comunicó el Sr. D. Cándido Nocedal, la Rl. Orden para el movimiento general que debía tener lugar el 21 del mismo.

En el país que se me había encargado, hice cuantos esfuerzos pude para llevar á cabo el alzamiento á pesar de que no se me habían proporcionado armas ni recursos, pero habiendo faltado las tropas comprometidas y habiéndose apercibido los enemigos de mi presencia y trabajos y empezado á perseguirme, tuve que abandonar aquel distrito y en mi deseo de servir á S. M. pasé á Navarra y me uní á las fuerzas reales que allí quedaban después de la jornada de Oroquieta.

Con el Sr. brigadier Carasa me encontré en toda la persecución que á nuestras escasas fuerzas se, hicieron y en varias ocasiones, como es público y notorio, las salvé de caer en poder del enemigo.

No tardó mucho en cundir el desaliento y yo en aquellos instantes procuré sofocarle tomando toda clase de medidas, animando á los jefes, oficiales y voluntarios, conteniendo con penas y promesas la desertión, mientras fué posible y haciendo toda clase de esfuerzos para levantar los ánimos decaídos con el funesto convenio de Amorevieta.

Desaparecieron no obstante algunos gefes y oficiales, y se me encargó del mando de las pocas fuerzas que nos quedaban y con ellas me sostuve algunos días más rechazando al enemigo. Reducido nuestro número á doscientos hombres fuimos alcanzados por una columna de más de ochocientos y á pesar de esta desigualdad de fuerzas mandé á los malogrados gefes Olló, Ocariz y García que

por diferentes puntos la atacasen y cayendo todos simultáneamente sobre ella la obligamos á retroceder en dispersión cogiéndola armas y municiones.

En lugar de aprovechar aquella victoria acabaron las disidencias de los gefes con aquel puñado de bravos y nada se pudo hacer. Se me quitaron las atribuciones que se me habían dado y dejé la dirección de las operaciones, anunciando a mis compañeros que de aquel modo no tardaríamos cinco días en tener que entrar en Francia.

Así sucedió, porque cundiendo el desaliento y la deserción en las filas, menguaron estas tanto, que fué preciso despedir á los pocos que quedaban y emigrar los gefes á la nación vecina.

Sabe todo el mundo las desavenencias, discordias y disgustos que ocurrieron, durante aquella época, entre los gefes carlistas y pocos ignorarán que hasta se llegó á poner por algunos en tela de juicio la conducta de S. M. el Rey, los derechos de su familia al trono y la conveniencia de defenderlos ó prescindir de ellos por completo: pues bien, fiel yo siempre á mis deberes de buen católico y fiel monárquico sostuve solo y con la entereza que el caso requería, la persona de S. M. el Rey D. Cárlos 7.^o y sus derechos al trono, en una reunión de generales en que se propuso hacer triunfar con las fuerzas carlistas, una república católica bajo la presidencia de Cabrera.

En cuanto S. M. dispuso que nuevamente empuñaran las armas los carlistas vasconavarros ofrecíme para pelear como soldado en mi provincia, sin mando ninguno y por obediencia acepté el de la de Guipúzcoa con que me honró. Inmediatamente empecé á trabajar para levantarla y para poder presentarme en ella y pasar la frontera cuanto antes, pedí al presbítero D. Manuel Santa Cruz que me favoreciera. No le convenía á este Señor que me presentase, así que me detuvo con varios pretestos más de veinte días hasta que viendo su mala fé, me arriesgué, por cumplir con mi deber, á pasar por los pueblos ocupados por el enemigo y salí al campo á principios de Enero de 1873 con solo siete hombres. A los pocos días reuní ya sesenta y con ellos me lancé á la ardua empresa de conquistar la provincia de Guipúzcoa sembrada de fortificaciones, cruzada por numerosas fuerzas enemigas, y lo que era peor predispuesta contra los carlistas por las tropelfas del rebelde cura Santa Cruz.

Suscitóme este. las primeras dificultades llevándose las armas y municiones que había en algunos depósitos, privándome de recursos, desobedeciendo mis órdenes y obrando en todo á su capricho, mas

á pesar de estas contrariedades, á pesar de la activa persecución del enemigo y de la grave enfermedad que me ocasionaron las fatigas y disgustos logré formar el Batallón llamado entonces de cazadores de Azeitia, crear partidas volantes en los distritos de aquella provincia y empezar á allegar hombres y recursos para ir haciendo un alzamiento formal y sólido.

Apercibido el enemigo de estos progresos propúsose, destruir mis fuerzas por completo y lanzó sobre ellas otras diez veces mayores. En Amézqueta el 12 de Abril cayó sobre nosotros la columna Morales Ríos y á pesar de su mayor número y de la superioridad de su armamento e instrucción tuvo que retroceder con graves pérdidas á Tolosa y llamar en su auxilio otras columnas. Al día siguiente, cayeron sobre mi corto batallón en Abalcisqueta todas las de la provincia y los nacionales de varios puntos en suma unos cinco mil hombres, y me batí contra todos en retirada por espacio de seis horas sin que lograran envolverme ni copar como era su intento, mi gente á la que salvé por completo.

Pasé á los pocos días con el antes dicho batallón á Navarra y uniéndome en Abarzuza al Excmo. Sr. General Dorregaray que entonces solo tenía tres batallones de aquella provincia bajamos juntos á la Rioja con intento de sorprender á San Vicente. No habiendo logrado este obgeto y sorprendidos á nuestra vez en Peñacerrada el 2 de Mayo sostuve con solo un batallón, la retirada y evité tuviesemos grandes pérdidas.

Cundía ya por entonces el descontento en las fuerzas navarras, murmuraban muchos de la falta de decisión para acometer al enemigo que se notaba en las operaciones, ansiaban los voluntarios batirse y creyendo que cambiando de gefes lo lograrían vinieron á ofrecerme un mando para el cual era preciso derribar á quien S. M. había colocado en él. Como buen militar rechacé aquella proposición aconsejé á todos que tuvieran paciencia, que procurasen no se rompiese la subordinación y disciplina y mucho menos que se intentase apelar á recursos revolucionarios indignos de nuestros principios que yo en cambio procuraría se batiese al enemigo. En efecto en la mañana del 5 de Mayo hablé al Excmo. Sr. General Dorregaray de la imperiosa necesidad que en mi concepto había de hacer frente al enemigo para reanimar el abatido espíritu de los voluntarios que empezaban á desertar como el día anterior había sucedido y le prometí mi decidida y leal ayuda para cualquier operación que intentase diciéndole que si no la intentaba pensaba

volverme a mi provincia para no presenciar lo que iba a suceder en Navarra. Decidióse el General en vista de estas razones á esperar aquel mismo día en los montes de Eraul á la columna Navarro y yo con mi batallón tomé gran parte en aquel combate que fué la primera de nuestras victorias. S. M. me concedió por ello la Gran Cruz del Mérito Militar y al general Dorregaray el título de Marqués de Eraul.

Con intento de arreglar la cuestión Santa Cruz y reducir sus fuerzas á la obediencia tuve con él una entrevista en Lecumberri mas faltóme en cuanto me separé á la promesa de obedecer mis órdenes y me ví obligado á ir á la frontera de Navarra. Allí el 13 del mismo mes me presenté al Excmo. Sr. General Elio á quien acompañé luego con mi batallón en la expedición que hizo por las cuatro provincias. Al entrar en la de Guipúzcoa tomé parte en el encuentro que el 2 de Junio sostuvimos sobre Azpeitia con la columna Loma y luego quedé en Lecumberri á cubrir la marcha de los batallones navarros y distraer la columna Nouvilas de la activa persecución que les hacía, cosa que conseguí con gran riesgo.

A pesar de estas operaciones iba sacando nuevas fuerzas y recursos del interior de Guipúzcoa para mantener y nutrir mi batallón Y formar otros dos que debían armarse á primeros de Julio. Antes, volviendo á reunirme á las fuerzas navarras tomé parte en la victoriosa jornada de Udave donde es público que á la cabeza de dos compañías logré romper la línea enemiga y contribuí poderosamente a la derrota de la columna Castañón que allí nos hizo frente. Por esta victoria se hizo mariscales de campo á los brigadieres Ollo y Argonza.

A mediados de Julio armados ya los dos nuevos batallones guipuzcoanos tuve la honra de recibir con otros (1) á S. M. á su entrada en España y acompañarle hasta Echarri donde se reunió á las fuerzas navarras, habiendo atacado el día antes el fuerte de Ybero.

Con los tres batallones de Guipúzcoa, la fuerza de Santa Cruz sumisa y una sección de 2 piezas de artillería de montaña que ya para entonces me había procurado, comprendí me hallaba ya en disposición de operar en Guipúzcoa y de desembarazarla de la muchedumbre de guarniciones enemigas que agotaban sus recursos y no dejaban vivir á nuestras fuerzas. Resolví emprender con gran

(1) Esta palabra no está clara. Pudiera ser tal vez una abreviatura de «hombres». (J. de U.).

actividad una verdadera campaña en aquella provincia y el 27 (1) entre en ella y el 28 caí en Isasondo por sorpresa sobre la columna Loma á la que escarmenté duramente librándola su proximidad á Villafranca de mayor derrota.

Perseguido por ella burlada en los siguientes días y el 30 hallándose en Azcoitia atacué y rendí á la guarnición de Elgoibar á pesar de que me encontraba entre la columna y la numerosa guarnición de Eibar. El éxito feliz de aquella operación hizo que el enemigo resolviese abandonar varios puntos secundarios para defender mejor otros más importantes. Por sus comunicaciones ví que tenía por tal la villa de Mondragón y resolví apoderarme de ella. Presentábase para conseguirlo una gran dificultad, que á dos leguas de allí, en Oñate, se hallaba Sánchez Poregua con 14 (2) mil hombres, mas comprendiendo que sería por otra parte más sonada la victoria cuanta más dificultad presentara aguardé á que se pusiera en marcha el enemigo y á las pocas horas sabiendo que se alejaba caí sobre Mondragón el 7 de Agosto y logré rendir la guarnición el 8 por la mañana cuando el enemigo llegaba á socorrerla consiguiendo así que desguarneciese otros puntos.

Uníme el mismo día á las fuerzas alavesas que mandaba el Excmo. Sr. General Larramendi y habiéndome brindado este su apoyo para las operaciones que intentase, proyecté enseguida cercar en Vergara á la columna Loma. Tenía esta no obstante mayores fuerzas que nosotros por lo que pedí el auxilio de algunos batallones vizcainos que ayudaran al proyectado cerco. En la noche del 9 de Agosto rodeé la población sin que se apercibiera el enemigo, y al amanecer del 10 rompí el fuego mas como aun no habían llegado los batallones vizcainos tuve que desistir de la empresa que quedó reducida a una mera diversión. Atemorizó no obstante esta de tal modo al enemigo que á los dos días abandonó a Vergara, Placencia, Oñate, Azpeitia y otra porción de villas importantes que dejó desguarnecidas, con gran desaliento de los liberales guipuzcoanos y no poco júbilo de los carlistas, Para aprovechar aquel momento tan favorable entablé negociaciones con los voluntarios republicanos de la importante villa de Eibar pues era convenientísimo limpiar aquel punto de enemigos para aprovechar las fábricas de armas y tal resultado obtuve que el 15 de Agosto entré en Eibar recogiendo 600 remingtons que me entregaron los voluntarios repu-

(1) Esta fecha no es segura, pues está borrosa. (J. de U.).

(2) Cifra borrosa. (J. de U.).

blicanos de la villa y dándoles en cambio completa libertad para dedicarse á sus trabajos á cuantos quisieran quedar, Organizábanse ya para entonces otros dos batallones y el 25 de Agosto pude reunir en Estella y sus inmediaciones cinco batallones guipuzcoanos para concurrir á la defensa de aquella recién conquistada plaza.

Volví enseguida con aquellas fuerzas á Guipúzcoa con obgeto de atraer al grueso de las fuerzas enemigas que á los primeros días de Setiembre entraron en efecto en Tolosa. Sumaban entre las columnas Santa Pau y Loma que allí estaban unos trece mil hombres y con obgeto de molestarles me situé en Vidania é inmediaciones con mis fuerzas hostilizandoles sin cesar hasta que el 12 salieron todas á desalojarme de mis posiciones. No era posible vencer á tan gran número por lo que dispuse batirme en retirada causando con mis fuegos grave quebranto al enemigo sin que por nuestra parte lo sufriésemos. Todo esto forzando la marcha y hostilizando sin cesar á Vitoria y á fin de atraerle nuevamente á Guipúzcoa ó de acabar en caso contrario con la columna Loma, encerrándola en Tolosa, propuse al Excmo. Sr. General Elio que acudiesen fuerzas de las demás provincias á auxiliar aquella operación, si la aprobaba. Llegaron el 19 á Alegría varios batallones navarros, alaveses y vizcaínos y los distribuí, juntamente con los míos en las posiciones más convenientes con tal éxito, que aquel mismo día fué rechazada una salida de la columna sitiada y mandé que por la noche avanzasen nuestras líneas para ir cercando más y más al enemigo. Hízose así al siguiente día y se dispuso para el inmediato romper el fuego de artillería y ganar terreno, mas sabedor el Excmo. Sr. D. Joaquín Elío de que iba rápidamente sobre la plaza sitiada Moriones con fuerzas superiores á las nuestras mandó que nos retiráramos, cuya orden obedecí con la necesaria rapidez que el caso exigía.

Quedéme entonces nuevamente con solo las fuerzas guipuzcoanas frente á las de Loma que operaba en aquella provincia y á fin de asegurar el territorio conquistado, impedir al enemigo que corriese la provincia y tener tranquilidad bastante en la parte dominada por nosotros para organizar todos los ramos militares, proceder á la fabricación de armas y municiones y completar la reconquista de Guipúzcoa me apoderé de la cordillera del Hernio que se estiende del mar hasta Tolosa y establecí mi línea de defensa en la izquierda del Oria ocupando los pueblos situados en ella desde Andoain hasta Tolosa.

Los hechos han confirmado el acierto de esta disposición pues

establecida aquella línea, el enemigo no ha podido subir al Hernio y á su espalda están funcionando hace año y medio con toda seguridad la fábrica de cañones de Azpeitia y las de fusiles de Plasencia y Eibar.

Tenía además aquella línea la ventaja de aislar á Tolosa de los demás pueblos fortificados por el enemigo y de obligar á este siempre que tuviera que pasar á aquella plaza á cruzar por entre nuestros fuegos. Para aprovecharla establecí mi cuartel general en Asteasu, situé mis batallones en Cizurquil, Villabona, Hernialde, Alquiza y puntos inmediatos á Tolosa y empecé á bloquear á dicha villa. Careciendo de artillería para batir debidamente sus fuertes y no sumando todas mis tropas lo que sumaban la columna Loma y guarnición de Tolosa que siempre operaban en combinación, no era humanamente posible hacer más que sostenerme en aquel territorio y conservar mi línea sin perder un palmo de terreno. Así lo hice durante dos meses de casi diarios combates en los cuales obligué al enemigo paulatinamente á retardar (1) sus viages á Tolosa, hasta que por completo dejó de hacerlos, cuando viniendo de Navarra dos batallones guipuzcoanos que habían ido á aquella provincia, pude cerrar al enemigo la derecha del Oria colocándolos en las alturas de Belabieta, por donde hasta entonces podía pasar impunemente. Desde los combates que allí sostuvo con grandes pérdidas el 9 y 11 de Noviembre confesó públicamente Loma que renunciaba á socorrer á Tolosa sino venía en su auxilio todo el ejército republicano pues él en dos meses de continuo batallar no solo no había podido desalojarme un día de mis posiciones sino que había visto cerrársele por completo el paso á Tolosa. Quedó esta en el mes de Noviembre tan estrechamente bloqueada y fué tantas veces rechazada su guarnición, que la carencia de alimentos, el desmayo causado por la importancia de Loma para librarla, y las pérdidas sufridas por sus defensores la tenían á punto de rendirse cuando una horrible traición vino á desbaratar todos los adelantos hechos en tres meses é impedir que cayese la plaza en nuestro poder.

En la madrugada del 7 de Diciembre D. Manuel Santa Cruz, el rebelde de tantas veces, se presentó en el pueblo de Berrobi arrastró al batallón que allí se encontraba y que estaba formado de sus antiguos adeptos, bajó á Villabona y sorprendió á las fuerzas acantonadas obligándolas á que le siguieran, y de acuerdo con otros rebel-

(1) Esta palabra no es segura, pues está borrosa. (J. de U.).

des y traidores que abandonaron los puestos que tenían á su cargo sobre Andoain y Tolosa se presentó con tres batallones en Asteasu á fin de cogermelo prisionero. Dos compañías solamente tenía á mi disposición en aquel momento pero á pesar de verme rodeado de rebeldes logré con mi energía y gracias á la ayuda de Dios contener su primer ímpetu y desarmando luego á unos, haciendo volver á la obediencia á otros que verdaderamente habían sido sorprendidos v atacando por último á Santa Cruz que con los más tenaces se sostenía en Cizurquil, concluí aquel mismo día con la insurrección que tan potente se había presentado por la mañana.

Movida á no dudar toda esta trama por el enemigo, procuró aprovecharla lanzándose el día 9 las columnas Loma y Moriones que en junto componían catorce mil hombres, en socorro de Tolosa. Menguados y aún desconcertados los batallones guipuzcoanos por la insurrección y sin más auxilio que el de cuatro batallones navarros que en las alturas de Belabieta combatieron, no fué posible contener al enemigo que pastó á Tolosa sufriendo no obstante grandes pérdidas y gracias á no haber llegado al combate los batallones vizcaínos y alaveses que al día siguiente esperábamos.

Urgía impedir que el enemigo quisiese aprovechar las grandes fuerzas que tenía en Guipúzcoa para invadir la provincia y destrozar nuestras nacientes fábricas por lo que el día 10 bajé á Vidania y situé mis batallones y los alaveses en el Hernio y Celatum para impedir que saliese Moriones de Tolosa.

En vista de aquellos preparativos trasladóse este á Zarauz amenazando invadir por Cestona nuestro territorio mas traslademe á este punto y con la aprobación de S. M. que estaba en Azpeitia, situé los batallones en una línea de combate que se extendía desde el mar por Zumaya, Arrona, Oiquina á Haya tan formidable, que el enemigo no atreviéndose á forzarla, apeló al recurso, en 23 (1) de Diciembre, de retirarse por mar á Santander. Fué esta una inmensa victoria moral que deshizo por completo el efecto de nuestra retirada de Tolosa.

Dedique el mes de Enero en que no hubo operaciones militares á recorrer é inspeccionar la provincia que se hallaba en un estado tan floreciente como ninguna otra de las dominadas por las armas de V. M. Un colegio militar dirigido por excelentes gefes daba en Oñate esmerada educación á los caballeros cadetes; Plasencia y

(1) Cifra borrosa. Pudiera ser 22. (J. de U.).

Eibar con sus fábricas nos proporcionaban fusiles remington; Mutiloa pólvora, y en Azpeitia fabricábanse cartuchos metálicos, atalages para la artillería y se preparaba la fundición de morteros y piezas de grueso calibre. Tenía en Vergara establecido un tribunal militar, un repuesto de vestuario y armamento en Azpeitia, una sección de requisa y remonta de caballos, las comunicaciones perfectamente establecidas y hasta el telégrafo eléctrico funcionando, gracias á mi empeño en restablecerlo. La División guipuzcoana excelentemente armada toda ella componíase de ocho batallones; una sección de artillería; una compañía de ingenieros; otra de telegrafistas de campaña, que me había dado excelentes resultados en las líneas del Oria y Arzona; otra de cadetes y un escuadrón de caballería. Tenía montados magníficos hospitales militares, talleres de vestuario y cuanto se puede necesitar para las atenciones de un cuerpo de ejército. Imposible era crear ya más batallones pero aún podían armarse más fuerzas aprovechando el alistamiento mandado por los fueros de la provincia y para ellos creé á modo de tercios cuatro compañías fijas compuestas solamente de casados que formaban un batallón de 600 plazas el cual únicamente debían salir a campaña en casos de invadir el enemigo la provincia.

Tal era la situación en que estaba Guipúzcoa a principios de Febrero de 1874 cuando V. M. tuvo á bien encargarme de su mando al Excmo. Sr. D. Hermenegildo Ceballos y destinarme en premio de los afanes y servicios que me había costado á la Comandancia general de Aragón que aquel dejaba. Constan las fuerzas aragonesas que había en el Norte de un batallón desarmado y un escuadrón y en cuanto me encargué del mando hice se armase con fusiles giratorios y acudí con él en 16 de Febrero á la campaña que con motivo del sitio de Bilbao se inauguraba entonces en Vizcaya (1).

(1) Omíto la continuación de este escrito, por no referirse al País Vasco. (J. de U.).